

EL RINCON DE LA HISTORIA

EL MAESTRO DE DON DIEGO PORTALES

La música tuvo un lugar importante en el ideario de los padres de la patria, como hemos demostrado en otra ocasión, y si nos referimos a la época de la organización de la república bajo la severa y draconiana mirada de Portales, el más filarmónico de nuestros hombres públicos, aquel que prefería «una zamacueca a la presidencia de la república», no podemos sino admirar la solicitud con que acogió las empresas musicales de don José Zapiola y la forma cómo dotó de instrumentos e instrumentistas a las bandas militares de los cuerpos cívicos de Chile, en esas horas de intensa labor administrativa y política.

«El interés de aquel hombre público era tal, escribe Zapiola en sus *Recuerdos de Treinta Años*, que no faltaba jamás en la tarde al cuartel que estaba en la Moneda. Hacía bajar a la banda, se colocaba al lado de aquellos músicos que no llevaban bien el paso y no los dejaba hasta que lo hacían como los otros. Era muy aficionado a la música y no había olvidado todo lo que había aprendido en la flauta con su profesor Bebelaqua».

¿Quién era Bebelaqua? me pregunté en diversas ocasiones, y ese nombre difuso, indicado al desgaire por Zapiola, sólo ahora después de algunos hallazgos documentales, vino a cobrar realidad humana.

Sabemos por lo cierto que era sargento de las milicias coloniales. Su firma rubricada Pedro Bebelaqua, figura en las planillas de pago de la tropa santiaguina. El 21 de Mayo de 1796, por Real Cédula de Aranjuez, el Monarca le concedió retiro y montepío. El viejo sargento pensó en las delicias de un invierno templado embarcándose presuroso rumbo al Perú. Nuevas andanzas lo llevaron a Mendoza, en la Argentina. «En aquel nuevo destino creyó Bebelaqua hacer algunos progresos ejercitando su facultad de músico, pero habiendo salido vanas sus esperanzas por las cortas facultades de aquel país, solicitó nuevamente la licencia real para percibir sus emolumentos en Santiago. En la Calle Vieja de San Diego abrió su academia particular, logrando algún desahogo con algunos discípulos a quienes actualmente enseñaba en Junio de 1801».

La fama de su bien soplada flauta lo hizo escalar buenas posiciones. Sentó plaza de «musicante» en la Santa Iglesia Catedral, en compañía de su hijo Andrés, de 12 años de edad. Fué más tarde director de orquesta del improvisado Coliseo de la calle de las Ramadas, ensayando la ejecución de aquellas tonadillas escénicas que tanto dieron que hablar a los contemporáneos de la construcción de la Moneda. Sin duda, era el indispensable en las tertulias copetonas de doña María Luisa Esterripa de Guzmán, esa Gobernadora ilustre y bisoja que alentó tantas vocaciones intelectuales

e indicó a los veraneantes chilenos las delicias del agua de mar en Valparaíso.

Nada sabemos sobre sus últimos años. Sin duda, Portales veló cuidadosamente los restos del maestro que le enseñara a olvidarse del mundo y de los hombres, en esos plácidos momentos de su refugio del Rayado de la Ligua, en que templaba la guitarra para entonar sus «corridos» originales, y daba el aliento a la flauta, preludiando esas piecillas fáciles del repertorio de Bebelagua.

E. P. S.